

CALLE REAL

”Estoy aquí sentada, en la terraza, bajo el sol de septiembre; no hay tiempo más agradable para mí que éste, pasadas las fiestas del Cristo, en que las mañanas ya refrescan, disminuye el ajetreo y todo vuelve, poco a poco, a la rutina.

Aunque los días se acortan, los campos adquieren unas tonalidades doradas en perfecta armonía con el color de las moras que aparecen por los caminos, con el rojo de las bayas de las madreselvas y el lila de las quitameriendas que ya preludian el cercano otoño.

Contemplo el paisaje tras los cristales. Allí, tan lejos y tan cerca, la Peñota, la de las tres cumbres, mi montaña, la de mis padres y abuelos, y me siento aún más en casa. “Hoy no tiene boina” escucho en mi interior con la voz grave de mi padre que prosigue: “si escuchas el tren, lloverá”, “si ves nubes negras por Cuelgamuros, lloverá”...y dirijo la mirada hacia la cruz del Valle que se atisba. No, hoy no llueve, seguro.

Pienso en aquellos que me precedieron y supieron observar los signos que les rodeaban y transmitirnos sus conocimientos en una cadena que nos hace sentirnos más humanos, más arraigados en este pueblo serrano que mis nietos, como un eslabón más, también llaman suyo.

Camino mentalmente hasta la ermita de san José. 1737, una fecha grabada en el dintel doscientos años antes de que yo naciese. Allí reposaron mis abuelos y, seguramente, mis bisabuelos cuando el cementerio estaba adosado a ella. Y continúa el recuerdo, ahora más cercano, viendo las manitas de mis hijas asidas a los ventanucos para dar las buenas noches al santo en aquellos veranos de tres meses.

Y allí también, en la piedra que había junto a la puerta, veo a Víctor, el Pollo, sentado con su garrota y feliz después de su paseo hasta el Puente Verde.

Cuenta mi hija mayor que uno de los olores más agradables que recuerda es el de la madera recién cortada en su carpintería...aquellos taquitos que, ilusionadamente, cogían cuando los niños aún jugaban como niños y dejaban volar su imaginación entreteniéndose solos.

Bajo por san José, me tropiezo con la casa de Rafael, el del carro, la tienda de Salgado, El Tropezón...y a la vuelta la zapatería de Antonio y Matilde, la casa de Nani, practicante y partero y subo la pequeña cuesta de tierra donde está la puerta, tapada por la maleza y un enorme álamo, de la casa de Isabel. En el rellano de la escalera me parece ver a Juanita, a Luisa, a Lalita y Matías, a Chiquín...

Llego a Pista Yola, antes la Bodega, bajo las escaleras y estoy bailando con un niño, tenemos doce años, nieto de un almirante que pasa los veranos aquí. Ganamos el concurso...

Me siento a descansar en la valla de piedra; buen pueblo este de ganaderos y canteros, de trabajadores de la piedra. Pasan molineros, de nacimiento y adopción, y veraneantes: Antonio, el de Teléfonos, Pepe, el sastre, Darío, Jose y Alfredo, Julio Chundarata... algunos se detienen a charlar, otros, simplemente, dan las buenas tardes.

En el balcón de enfrente está asomada Nemesia; ya ha barrido la acera y avisa de los dos pequeños escalones que desnivelan la acera. Este verano doña Emilia alquilará su piso y ellos se conformarán con la casita que luego sería el puesto de Nieves y la papelería de Marisa.

Son tardes de cartas en el jardín: brisca, chinchón...de conversaciones con chaqueta al hombro cuando cae la tarde y de despedidas con un "hasta mañana, si Dios quiere".

Desde su casa se accede, saltando una pequeña valla de piedra, a la finca del Barón, La Cerca, y se ve el hotel de Juan con sus contraventanas verdes.

Un tramo de calle tan pequeño es para mí historia viva de Los Molinos, donde mis recuerdos aún se mantienen en pie, aunque sus habitantes ya no estén...

Un perro ladrando distrae mi atención; dejo la avenida del Generalísimo, hoy calle Real y doblo hacia Calvario para bajar por Chamberí. Voy hacia el cementerio, en un paseo agradable, leyendo nombres de chalets que me retrotraen a mi niñez y juventud: Sierra Florida, Villa Gurri La Bruja, Blancanieves...Los regatos aún llevan algo de agua y vuelan algunas mariposas. Los Siete Picos y La Peñota se yerguen como arañando el velo azul del cielo más bonito de la sierra de Guadarrama.

Penetro en el camposanto y acompaño mi oración con una sonrisa, recordando a mi amiga Inés que siempre habla de la suerte que tenemos los molineros porque "cuando resuciten los cuerpos quisiera estar entre estas montañas, tan cerca del Espino y bajo este cielo".

Leo los nombres de los que allí están, ¡con cuántos estoy emparentada!, y pienso que ya son más los que conozco aquí que fuera, pero no me entristece, ni me preocupa, es ley de vida y aquí también están los míos, podría contar muchas cosas de ellos, pero prefiero conservarlas entre nosotros como la trama oculta de la urdimbre...

Me acerco a la sepultura de mis padres y de mi marido. Unos apellidos, una cruz...y, con orgullo, les digo:” ¡qué suerte tenemos!”

Valle de luz.